

(8) **PURUMAUCA**: es el nombre que los incas daban a los indígenas chilenos que vivían en las actuales provincias de Curicó hasta Concepción-Nuble; su etimología es *purum auca* = enemigos no sometidos, rebeldes, salvajes; son palabras de origen quechua.

No es el nombre de una tribu o de alguna entidad racial, sino que era la denominación dada sólo por los incas a los indígenas no sometidos a ellos.

Los españoles, en la primera época de la conquista, transformaron este nombre en *purumauca*, primeramente; más tarde en *promáuca*. Siempre usaban esta palabra en plural: *promáucaes*.

Los indios que eran así denominados formaban parte de los *picunches* (= *picun* = norte, y *che* = gente; es decir, gente del norte del Bio-Bio, ya que al sur de este río vivían los

mapuches; al sur del Toltén los *huilliches* = *huilli* = sur, y *che* = gente; es decir, gente del sur.

(9) Inca Garcilaso de la Vega. *Comentarios Reales de los Incas*. Tomo II: 130-133, de la Edición al cuidado de don Angel Rosenblatt, del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires; prólogo de don Ricardo Rojas. Edición *EMECE*, Buenos Aires, 1943.

(10) Transcrito del trabajo de don R. E. Latham, l. c.: 196-198.

(11) León Strube Erdmann. *P. Vialidad Imperial de los Incas*. Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades. Instituto de Estudios Americanistas. Serie Histórica No xxxiii. Córdoba, 1963.

LA MEDIDA, LA MISERIA Y LA REPETICION

por el prof. JUAN RIVANO

De la Facultad de Filosofía y Educación

La medida aparece entre las categorías que expone Hegel en su *Lógica*. Dicho de una vez, la medida es la síntesis dialéctica de la cantidad y la cualidad. Como no quiero perderme en consideraciones escolares, no agregaré más en esta dirección (1). Sólo diré que, aunque tengo a la vista el desarrollo hegeliano y de él saco la articulación fundamental de lo que voy a decir, con todo, mucho más me importa atenerme a las condiciones del terreno en que me mueva. Si lo que dice Hegel no concuerda con todo lo que dice la realidad, tanto peor para Hegel.

Quiero poner en relación la medida, la miseria y la repetición con el fenómeno social del trabajo. En el trabajo hay un aspecto cuantitativo que puede expresarse de muchas maneras: horario de trabajo, cantidad de productos del trabajo, cantidad de dinero (el salario) dado a cambio de la fuerza de trabajo. Hay, además, un aspecto cualitativo: naturaleza de los movimientos y aspectos mentales que implica el trabajo, variedad de estos movimientos y aspectos mentales, conformación física y mental del que trabaja, condición de los instrumentos y medios de trabajo. Y ahora lo importante: lo que llamamos medida, hablando del trabajo como actividad, es la totalidad conformada con los aspectos cuantitativos y cualitativos del trabajo.

Aquí hay que afinar el ojo. Digamos, en primer lugar, que "trabajo" es nombre que empleamos para referirnos a una actividad. Trabajo es, con expresión más adecuada, el trabajar. En segundo lugar, el trabajo es un fenómeno real; algo existe, o deviene, que llamamos trabajo; por lo tanto, el trabajo tiene una medida, es decir, así como de hecho se produce, el trabajo exhibe una cierta relación de la cantidad y la cualidad. En tercer lugar, para percibir adecuadamente lo que nos proponemos tratar aquí sobre la medida del trabajo, importa despejar uno entre los aspectos

cuantitativos del trabajo y eliminarlo. Este aspecto es el salario. Porque el salario se proyecta cuantitativamente en dos direcciones: sobre el trabajo del asalariado y sobre lo que es propiamente la vida del asalariado. La vida del asalariado no es algo que exista mientras éste trabaja; mientras trabaja, el asalariado es sólo uno de los factores de la producción. Mientras trabaja, el asalariado es usado; no vive, hablando propiamente. La frase "el asalariado trabaja para vivir" debe leerse literalmente: Después que trabaja y porque trabaja el asalariado puede vivir. Cuando comienza a vivir, la medida de su vida es la reunión dialéctica de su salario (es decir, algo cuantitativo) y una cierta cualidad de gozo compatible con su salario. Es por esta razón, porque el salario entra explícitamente en la medida de la vida del asalariado, que conviene aislarlo y abstraer la función más implícita que desempeña en la medida del trabajo. Por lo tanto, y para terminar con esta aproximación a la medida del trabajo decimos que es la unidad existente de los aspectos cualitativos (conformación del trabajador y de los instrumentos y materiales del trabajo) y cuantitativos (tiempo de trabajo y cantidad de productos del trabajo).

Antes de entrar en consideraciones críticas sobre la medida del trabajo asalariado (porque del trabajo asalariado hablamos aquí), importa advertir sobre un juicio que pudiera hacerse y cuyo efecto sería cerrar el paso a toda crítica. Al asignar al trabajo una medida, podría pensarse que siendo esta la unidad dialéctica y existente de los aspectos cuantitativos y cualitativos del trabajo, nada queda por hacer. Lo que existe, existe; y además si ello existe como armonía o proporción, es decir, si tiene una medida, no sólo debemos acatar su existencia sino además consagrarla, puesto que es armoniosa, es decir, razonable. Esta consideración olvidaría el obvio principio de que todo lo existente tiene una medida; puede además decirse que es justamente

como medida que entran las cosas en existencia; la existencia se manifiesta siempre como un acuerdo de lo cualitativo y lo cuantitativo. En cuanto este acuerdo se rompe dentro de una existencia, dicha existencia desaparece; y en cuanto un conflicto de lo cuantitativo y lo cualitativo se resuelve, algo se constituye como su unidad existente. Por ejemplo, y simplificando mucho, una cierta cantidad de calor es compatible con cierto complejo cualitativo; su unidad pone en existencia lo que nombro vida sana. Si la cantidad calórica excede de ciertos límites, la vida sana cesa. Y lo que pasa a existir cuando cesa la vida sana (la enfermedad, la muerte) tiene también su medida. Sólo que esta última no es, obviamente, la medida de la vida sana. De manera, pues, que apuntar sobre la medida del trabajo asalariado no es en modo alguno justificarlo; apenas viene a ser apuntar de un modo especial sobre las condiciones de su existencia.

Todavía otra consideración general. Todo lo existente existe como armonía o medida, como síntesis dialéctica de condiciones cualitativas y cuantitativas. Sin embargo, ante la mirada especulativa y crítica, todo lo existente corre la misma suerte: la de encontrarse en estrecha relación con el ámbito que lo comprende y entorna. De tal manera, lo existente no está solamente definido por un mero acuerdo de sus internas condiciones sino por este ámbito dentro del cual se encuentra y dentro del cual puede ser lo que es. El cuerpo sano de nuestro ejemplo anterior no lo es por la simple armonía o proporción de sus condiciones internas; el cuerpo sano constituye su salud de una específica manera acordada al entorno físico. No es igual —para decirlo con una frase— la medida de la vida sana en las altas cumbres, en la llanura o en las profundidades del mar. De una manera general, podemos decir que la medida de algo existente es función del ámbito donde existe.

Todavía, y finalmente, la consideración siguiente: la relación entre lo existente y su ámbito no es sólo en una dirección, desde el ámbito a lo existente; sino que lo existente reacciona sobre su ámbito. Los árboles de un bosque —por ejemplo— requieren de una cantidad de agua como integrante cuantitativo y también cualitativo de su medida; de esta manera sus condiciones de existencia van más allá de su estricta individualidad y alcanzan hasta el cauce de un río próximo. Empero, los árboles a su vez sujetan la tierra con sus raíces e impiden la erosión. Si la erosión se produce el río desaparece. Es decir, el río hace posible los árboles que hacen posible el río. Relaciones de este tipo —de reciprocidad— son toda una apariencia de la dialéctica en el mundo de la naturaleza.

Ahora bien, esta correlación, esta reciprocidad, esta conexión dialéctica en el mundo de la naturaleza parece no tener sujeto; podemos ponerlo también así: la uni-

dad de la naturaleza se produce en la exterioridad, mediante el mero entrar las partes de la naturaleza dentro de un padrón que las reunifica ciegamente. La razón, la fórmula intrínseca de la unidad natural no está en la naturaleza. Por eso dicen los dialécticos hablando de la naturaleza que es ésta el reino de la mera exterioridad, el reino quiere decir donde el ser se encuentra ciegamente consigo mismo; o, dicho de otra manera, donde el ser no ha explicitado todavía la dimensión de la conciencia.

Ahora bien, si pasamos de la naturaleza al reino humano encontramos una realidad en que las condiciones han cambiado. Para ilustrar sobre esto, retomemos nuestro tema y proyectemos desde la medida del trabajo asalariado todo un ámbito de encuentro o reciprocidad dialéctica. La unidad del trabajo asalariado, su medida, lo es de condiciones que entran en dicha unidad porque existe un entorno específico. Del mismo modo que el árbol de nuestro ejemplo anterior existe como "necesidad objetiva" a partir de ciertas condiciones entre las cuales destacábamos un río que suministra el agua, así también el trabajador asalariado existe porque está en existencia más allá del trabajador la "fuente" de esta forma de trabajo que nombramos trabajo asalariado. Esta "fuente", este análogo del río, es el capital. Ahora bien, del mismo modo que el árbol contiene la erosión y hace posible la continuidad del río, así también el trabajador asalariado contiene la disolución del capital y hace posible su conservación y, aún más, su aumento. Vemos así que, algo análogo al caso del río y del árbol, ocurre con el capital y el trabajo: el capital hace posible al trabajador asalariado, el cual hace posible el capital. Hasta este punto la analogía entre el mundo de la naturaleza y el mundo humano que consideramos aquí (es decir, el mundo humano del trabajo) es perfecta. Incluso, a esta manera un tanto estática de establecer la analogía se puede allegar otra dinámica. Por ejemplo, del modo cómo una reducción del agua tiene por efecto una disminución de la vegetación que condiciona un aumento de la erosión precipitándose así un movimiento que amenaza la unidad dialéctica del fenómeno, así también una reducción de la capitalización tiene por efecto el desempleo que reduce el poder de compra del mercado, que arruina los precios y que finalmente abre asimismo una espiral en descenso de la unidad dialéctica del fenómeno capital-trabajo. Hay, pues, al parecer, amplia congruencia entre el mundo humano y el mundo de la naturaleza. Más adelante mostraremos que hay mucho más acuerdo del mostrado hasta aquí. Pero, en este punto, indiquemos ante todo dónde está la divergencia.

Ya dábamos sentido a esta divergencia entre mundo humano y naturaleza cuando decíamos que en esta úl-

tima no hay sujeto, no hay conciencia, sino pura externalidad. Si nos preguntamos por las leyes de conexión, interdependencia y reunificación que operan en el mundo de la naturaleza, si nos preguntamos, quiero decir, por la "inteligencia" o "espíritu" desde donde operan estas leyes, encontramos que, cualquiera sea la respuesta, el sujeto no está en la naturaleza, es decir allí donde las leyes trabajan. Dicho de otra manera, las leyes no están donde deben estar, no están en sí sino fuera de sí; esto es *grosso modo*, lo que tenemos en cuenta al hablar de la naturaleza como exterioridad. Por el contrario, las leyes de conexión e interdependencia dialéctica en el mundo humano encierran su sujeto en la comunidad de los hombres. En este caso, las leyes operan en general como conciencia, sea como representación o como volición; en este caso, las leyes se establecen o expresan concretamente en el mundo objetivo partiendo desde una explícita y consciente actividad, es decir, desde un sujeto, desde una inteligencia, desde un foco de interioridad; en este caso, las leyes están en sí, operan desde sí y sin salir de sí. Por ejemplo, la reducción del capital (supongamos esto) no es un fenómeno determinado en la mera externalidad, como sí lo es la reducción de las aguas del río. La reducción del capital es la apariencia (o aparición) objetiva de hechos espirituales, hechos que encuentran su última raíz en representaciones y valoraciones, en pensamientos y decisiones, de seres humanos. La reducción del capital puede ser expresión de un defecto de talento, de un encuentro desastroso de voluntades en conflicto, de una caída en la desesperación. De todas maneras, el fenómeno tiene sujeto, es decir, se despliega esencialmente en una dimensión de interioridad, en una conciencia. Tal es, pues, la divergencia entre naturaleza y mundo humano.

Y, sin embargo, la divergencia no es todo lo pura que esta primera aproximación pudiera sugerir. En nuestro ejemplo, el trabajo asalariado, podemos encontrar aspectos que ilustren esto. Lo pusimos más arriba: en el trabajo asalariado el trabajador ofrece su fuerza de trabajo, es decir, se entrega para ser usado, para que se aplique de tal o cual manera su "energía potencial". Parece claro entonces que, en cuanto trabajador, el asalariado —siquiera formalmente— resulta pura naturaleza. Es cierto que esta cosa existente que tiene su medida peculiar —el trabajador asalariado— se decide conscientemente a vender su fuerza de trabajo; es cierto que el trabajar tiene entonces condiciones de modo diferente a como las tienen los objetos naturales, es decir, las tiene que adentran en la "atmósfera de la interioridad"; sin embargo, es cierto también que el trabajar y el trabajador como tales son esencialmente naturaleza: fuerza (o capacidad de trabajo) que se emplea de una cierta manera. Lo dicho es algo que verifi-

can ampliamente el maquinismo y la tecnificación, el reemplazo del trabajador por instrumentos meramente materiales.

Ahora bien, cuando consideramos la medida propia del trabajo asalariado (la solución que éste exhibe de aspectos cualitativos y cuantitativos determinados) encontramos que en tal medida hay condiciones suficientes para esta caída en la mera naturaleza. Ciertamente esta caída se configura con la sustancia de la ambigüedad (puesto que se trata aquí del hombre, que encarna esencialmente la dimensión de la interioridad); pero es, de todos modos, caída en la naturaleza y caída tanto peor, porque es ambigua su sustancia. Pero aproximémonos a esto.

Los aspectos cuantitativos del trabajo enajenado son lo que más importa considerar, porque ellos expresan adecuada y plenamente su naturaleza de trabajo enajenado. El uso de la fuerza de trabajo que hace otro, el capitalista, exige que la aplicación sea reiterativa; el trabajo asalariado es una aplicación relativamente monótona y *standard* de una fuerza de trabajo. Esta condición representa, por decirlo así, la forma del momento cuantitativo del trabajo; esta forma se transforma en cantidad mediante la reiteración efectiva, es decir, mediante el horario de trabajo, o el monto de productos requerido por el contrato.

La reiteración efectiva tiene la consecuencia de estatuir la forma del contrato de trabajo dándole un sabor más concreto; la reiteración efectiva es el máximo de imitación en el mundo humano de la exterioridad natural que exige el contrato de trabajo enajenado; la reiteración efectiva rápidamente abre delante de la vida del trabajador la caída en el mero gesto, la solución maquina, el movimiento habitual. No se anda la realidad con delicadeza: el contrato de trabajo significa la venta de la capacidad de trabajo; el que compra esta capacidad debe usarla; el uso de esta capacidad supone una abierta y brutal abstracción del sujeto de esa capacidad; es decir, la solución más apropiada para que el contrato se cumpla como se estipula es suspender la vida de aquel sujeto; en una palabra reducir su vida a la naturaleza. Y esta solución adquiere la forma específica de la repetición, fenómeno general y condición, al parecer, necesaria del trabajo enajenado. Y esta caída en la repetición se proyecta más allá del trabajo. Sabemos que más allá del trabajo la escuela marxista sostiene que se produce la caída en la naturaleza; el obrero salido de la fábrica sólo quiere dormir, comer, beber; satisfacer —porque no hay más tiempo ni cultivo de la imaginación— sus necesidades elementales. Sin embargo, importa señalar asimismo que la caída en la naturaleza se proyecta fuera del trabajo también en su forma específica, es decir, como repetición. Para darse cuenta de esto, basta observar la fero-

cidad (esta palabra fuerte debe emplearse) con que el obrero aplica en su vida fuera de la fábrica los modos de la repetición. La satisfacción de sus impulsos vitales cae a los planos más elementales y se manifiesta en buena medida como el mero correlato de la inmediatez reiterante en que se realiza el trabajo. Se podría decir que ya desde la fábrica el obrero se ubica en una proyección elemental de su vida. Las formas absurdas en que se realiza el trabajo enajenado propician una proyección en términos de satisfacción elemental y reiterativa. El obrero no puede menos de caer en esta representación de la vida que "vale la pena" como satisfacción elemental y reiterativa; y en esta satisfacción de tendencias elementales que, en correlación con la monotonía y prolongación del trabajo, llegan a figurarse como insaciables, el obrero cae en el embrutecimiento y en el vicio, en una palabra, en la miseria. No hay otra forma de equilibrar desde la vida la caída en la inmediatez, en la repetición y en la mera naturaleza que implica el trabajo enajenado.

Resumamos: Todo lo existente tiene una medida específica. Esta medida es la solución dialéctica de aspectos cualitativos y cuantitativos. Todo lo existente se manifiesta como una unidad objetiva dialécticamente consistente con un entorno. En el ámbito de la naturaleza, la unidad existente y su consistencia dialéctica con un entorno se produce en la atmósfera de la externalidad. En el mundo humano existe el sujeto de estas condiciones y leyes de conexión, es decir, la unidad existente y las leyes de conexión con el entorno humano operan desde sí, se realizan y desplazan en la dimensión del espíritu. Sin embargo, hay fenómenos que se producen y existen en el mundo humano que comprenden un monto de ambigüedad, un sentido de sometimiento a la naturaleza. Un fenómeno de esta especie es el trabajo enajenado: la realización del contrato de trabajo procede desde una dimensión de interioridad, es el resultado de un encuentro contractual de voluntades. Sin embargo, la forma específica del trabajo enajenado muestra que aquel encuentro de voluntades no es todo lo libre que pudiera suponerse, puesto que exige que el trabajador entregue su vida a la caída en la mera naturaleza. Esta caída se expresa fundamentalmente en el trabajo reiterativo que entra en existencia como horario de trabajo. De manera, entonces, que la medida del trabajo comprende las condiciones del ser del hombre como naturaleza. Esta enajenación de la vida, esta caída de la vida en la mera naturaleza se proyecta sobre la vida fuera del trabajo, falsificándola. De rechazo, pues la reiteración y naturalización de la vida en el trabajo fuerza a una representación de la "vida buena" como la satisfacción de las tendencias elementales que se manifiestan, desde la esclavitud en que se realiza el trabajo, como insaciables. Y, así, la vida dialécti-

camente compatible con esta forma de actividad que es el trabajo enajenado es vida embrutecida y viciosa, la vida miserable. Vida en la atmósfera de la reiteración brutal, privada de fantasía y de vuelo.

Hablábamos de la ambigüedad como sustancia de la vida enajenada. Y es justamente esta dimensión de la ambigüedad lo que comprende la posibilidad de salir de la inmediatez y proyectar una vida más verdadera. Este proyecto se manifiesta a bulto e instintivamente en la lucha del obrero por la reducción del horario de trabajo. Digamos aquí que toda medida acepta márgenes específicos de variación de sus aspectos cuantitativos y cualitativos. El punto, entonces, que importa destacar aquí, es el límite mínimo del horario de trabajo consistente con el trabajo enajenado. En la medida en que nos aproximamos de este límite disminuye la cantidad de repetición y, consiguientemente, aumentan las posibilidades de proyección de una vida más verdadera y menos miserable. Asimismo, una vida más verdadera permite una más adecuada perspectiva para que el trabajador se haga consciente de las condiciones inhumanas del trabajo enajenado y para que, de esta manera, se transforme en uno más entre los que inteligentemente se esfuerzan por eliminar las condiciones de la enajenación.

En una palabra, la medida del trabajo enajenado comprende dentro de sí, como todo lo existente, las condiciones de su evolución dialéctica, es decir, un cierto monto de inestabilidad y ambigüedad donde podemos situarnos y empujar para conducir el fenómeno a su contradicción y destruirlo. Una forma de lograr esto consiste en luchar por la conducción del horario de trabajo a su mínimo compatible, creando así las condiciones de una vida más inteligente y mejor equipada para atacar las formas materiales de la enajenación. Se dice que importa la conciencia del obrero sobre su propia condición. La astucia de la articulación capitalista de la producción reside en no ceder cierto límite del trabajo de modo que su medida comporte el monto de repetición suficiente como para asegurar la caída del obrero en la naturaleza y en la vida brutal, reiterativa, elemental, viciosa y miserable. Mientras no se reduzca este límite, la exigencia de clarificación que el obrero debe alcanzar sobre las condiciones de su enajenación no tiene salida fácil.

Se dirá, acaso, que estoy abogando por la reducción de la capacidad productiva. Este es un oráculo. Por mi parte, puedo decir que tomo la defensa de la vida verdadera, una vida que valga la pena, una vida que los hombres quieran vivir.

¹ Conferencia dictada en la Universidad de Chile, en el segundo semestre del año 1963